

VIVERE IN CHRISTO

El título de esta conferencia *Vivere in Christo* está comentado en la introducción de la carpeta que recibieron, con estas palabras: comunidad y soledad, polos de la existencia monástica. Encuentro particularmente difícil tratar este tema delante de un público de abades. Porque me parece que, ni respecto de la soledad, ni respecto de la comunidad, se sitúa el abad de la misma manera que los demás monjes. Me parece que es miembro de la comunidad más que cualquier otro y, paradójicamente, más solitario, por no decir aislado, que cualquier otro. Es más miembro, en primer lugar, por el hecho de que esperamos de él un testimonio serio de vida y de regularidad monástica, pero también por el hecho de que, al haberle sido confiada la comunidad, ésta se ha convertido un poco en su razón de ser; no puede desprenderse de ella, constantemente tiene presente todo lo que la constituye y, en ese sentido, no puede establecer distancia respecto a ella, sino que por el contrario, forma un cuerpo con ella. Pero, por otra parte, el abad tiene una soledad particular por el hecho de que él es responsable: la mirada que dirige a los edificios del monasterio y a lo que se hace en él, a la comunidad que vive en ese lugar (incluso a las comunidades, cuando hay alumnos o estudiantes de manera permanente), a cada uno de los monjes, es una mirada de superior, de un hombre de decisión y de gobierno, de padre espiritual: le corresponde administrar un espacio, llevar adelante una tradición, cuidar de las personas. Cualquiera sea la calidad de los consejos y de las colaboraciones que puedan rodearlo, en definitiva está solo, es diferente de la comunidad, inevitablemente, está un poco a distancia.

La situación del monje no es la misma: al no tener la perspectiva del superior, al no asumir más que una tarea parcial, al vivir la mayoría del tiempo en un pequeño número de lugares definidos, de su celda a la iglesia y al lugar de su trabajo, el monje es un miembro entre otros de la comunidad; al no tener la perspectiva del abad, está más inmerso en la comunidad; vive más la vida monástica "en lo cotidiano", día tras día. Inversamente, al no tener la responsabilidad constante y global que nunca abandona a un padre abad, puede tomar un poco de distancia, aislarse un tanto, organizar su tiempo libre, buscar determinados intereses particulares, de orden espiritual o no.

En estas condiciones ¿qué es lo que un monje puede decir a los abades?, sobre todo si agregamos que, ya que el bien, en todos los campos, no hacen ruido, es más bien, quizás, el mal, bajo su forma culpable sin duda, pero sobre todo en todas sus formas no culpables (pesadez de las instituciones, debilidad de las personas) lo que el abad debe conocer, de manera que quizás la tentación del abad sería no "creer" demasiado en la comunidad cuyos límites muy a menudo le son evidentes, y creer difícilmente en personas de las cuales él más que ningún otro ha experimentado las impotencias. El teólogo, siempre dispuesto a construir sistemas ideales, se siente capaz de construirlos tanto sobre la soledad y la comunidad como sobre cualquier tema relacionado con ellas. Pero, ¿para qué, si habla a abades perfec-

tamente convencidos de la vanidad de los sistemas y de la difícil gestión de la realidad?

Estas observaciones preliminares eran necesarias para expresarles mi aprieto ante una tarea quizás inútil y en todo caso difícil, para subrayar también que quisiera hablar con medida y sobriedad, quizás más preocupado por sugerirles un tema u otro para sus conversaciones, que por construir una perspectiva teórica con la cual no sabrían qué hacer.

Elegiré para unir esos temas, un hilo conductor, exigido a la vez por el objeto de esta conferencia *Vivere in Christo* (in = en) y por la experiencia cotidiana de ustedes: ese hilo conductor es el símbolo de la casa. Vivir en Cristo quiere decir "permanecer en El", realizar concretamente la bienaventuranza cantada por el salmo: "Dichosos, Señor, los que viven en tu casa, alabándote siempre". Pero "casa" es también una palabra que se refiere precisamente a aquello que diariamente los ocupa: la palabra *casa* es una de las más completas que existe para recordar al abad la tarea en la que se ocupa: es gerente, administrador, dice san Benito, de una casa. Casa remite a un espacio delimitado, techo y paredes, pero también a las personas que están en su interior y a los que están afuera, e inclusive a las actividades que en ella se realizan, al trabajo que se hace allí, hasta a los pasatiempos a que uno se entrega en ella. Es de todo ello que el abad se ocupa desde la mañana hasta la noche y, si la expresión *vivere in Christo* tiene un sentido concreto, es precisamente a través de todo eso.

La segunda razón de esa elección proviene de un pequeño hecho observado aquí en san Anselmo y que creo significativo. Si recorrieran los pasillos del colegio durante el año escolar, verían que muchos hermanos estudiantes ponen en su puerta no solamente su nombre, sino el de su monasterio (designado en general por el nombre del lugar y no por el del santo al cual eventualmente esté consagrado el monasterio) y también, muy a menudo, una tarjeta postal con una vista general del propio monasterio. A esos estudiantes no les basta decir quiénes son; les es preciso indicar también, por medio de la palabra escrita y por la imagen, de dónde son. Su identidad de monjes pasa por la casa, y, naturalmente, por la comunidad que habita esa casa (pero ponen una tarjeta postal del lugar, más que una fotografía grupal de la comunidad).

Voy a limitarme, pues, a ese tema de la casa y de la comunidad que habita en ella. Y lo trataré fijándome de preferencia en los rasgos que pueden ser comunes a todos, muy elementales, muy concretos, incluso prosaicos. Mantendré la palabra en el nivel en que las reglas antiguas hablan de vida monástica: las paredes, los lugares, la comida, la bebida, la vestimenta, etc. Ese nivel puede parecer bajo, en realidad no lo es puesto que captamos el carácter profundamente sacramental de toda vida en Iglesia: la manera cómo llevamos nuestra vida en los aspectos más concretos nos remite directamente a las realidades más espirituales de la fe, a menos que, infelizmente, no nos aparte de ella. Los antiguos sabían bien que si no nos engañamos con respecto a nuestro medio ambiente, nuestro cuerpo, nuestras pasiones, no estamos lejos del Reino de Dios, ¡lo que no es necesariamente cierto cuando uno se ocupa de teología o de espiritualidad!

LA CASA DE DIOS

Hagamos a pesar de todo un mínimo de teología para empezar, o más bien refresquemos una convicción de fe: si existe una casa, esa es la Casa de Dios. San Benito nos lo dice, y es una concepción de la fe que constantemente tiene que renovarse y que de vez en cuando tiene que volver a ponderarse. Casa de Dios significa casa construida por Dios sobre un espacio delimitado por El; en consecuencia, casa cuyos huéspedes son los monjes; esa casa es a la vez Cuerpo de Cristo ("permaneced en mí") y morada del Espíritu. Casa de Dios significa también la casa donde Dios habita: desde ese punto de vista, es El quien sería el huésped de esa casa, de manera que podemos decir que El es simultáneamente el exterior y el interior de esa morada. Habrá por lo tanto que verificar constantemente por medio de qué actitudes concretas de fe y de obediencia nosotros somos fieles a esa realidad divina de la casa monástica.

Por otra parte, hay que poner un tanto en perspectiva esa doble mirada sobre la Casa de Dios, cuya acción rodea y cuya presencia es el centro. En efecto, esa casa, ese monasterio en el cual vivimos, no es lo único que tiene derecho al nombre de Casa de Dios. No solamente "hay muchas moradas en la Casa del Padre", no solamente la Iglesia, en su universalidad, es Casa de Dios, sino que todo el espacio de la tierra y del mundo es también Casa de Dios: "Del Señor es la tierra todo lo que la llena". Habrá pues constantemente una dialéctica concreta, cuyos términos deben ser determinados y verificados entre el interior, es decir el espacio particular de ese monasterio y el exterior, es decir los demás espacios cristianos y, poco a poco, todos los espacios humanos. Si una casa requiere un techo que separa de lo infinito del cielo, y paredes que separan de lo ilimitado de la tierra, ésta tiene también puertas y ventanas que vuelven a unir con lo que está separado: es preciso verificar sin cesar la diferencia entre habitar una casa y encerrarse en ella.

"Casa de Dios" por último es un símbolo con varias equivalencias: sin duda designa el conjunto concreto del terreno y de las construcciones, pero también designa a los hombres que viven allí y que son "casa" en la medida en que verdaderamente son comunidad: no solamente pensionistas o trabajadores, sino verdaderamente habitantes; finalmente, cada monje por su parte es también casa de Dios, "concebido" como casa de Dios así como Adán fue concebido del primer barro, y huésped de Dios quien se invita en su casa. Todo lo que podemos decir sobre la "casa de Dios" debemos aplicarlo, en un constante movimiento de vaivén, a estos tres espacios correlativos: el lugar, la comunidad, el monje. Tal vez todo el trabajo concreto de la vida monástica cenobítica es la tarea de realizar una unidad cada vez más perfecta entre esas tres dimensiones: espacio-temporal, comunitaria, personal.

La dimensión espacio-temporal

Los arquitectos del pasado sin duda tenían un sentido simbólico más desarrollado que el nuestro. Cuando miramos en una tarjeta postal la vista general de un monasterio antiguo, podemos decir sin equivocarnos a qué hora fue sacada la foto: la iglesia en efecto está orientada de oeste a este, para que el altar sea iluminado

por el sol naciente, y las construcciones del monasterio se extienden alrededor de la pared sur de la Iglesia de tal manera que desde la mañana hasta la tarde, el sol acompaña el espacio donde se vive; por ejemplo, a la hora de Sexta, no solamente ilumina toda la nave de la iglesia, sino que llega al espacio donde se come: su calor va a dar al hogar de la cocina y penetra en el refectorio paralelo a la iglesia. Estas son cosas que casi ya no llamaban la atención de tan evidentes que eran; tenían un alcance inmenso: ¿acaso la Luz no es la primera obra del Creador, y el nombre del Resucitado no es "Sol de Justicia"? Si la relación con el sol y con la luz es "justa", si el "cuerpo" del monasterio está bien orientado, ¿no recibirá la comunidad algo de él? Los símbolos en efecto tienen su propia operación; podemos —como lamentablemente es nuestro caso— haberlos olvidado, pero no hay que creer que es una pérdida insignificante... Si la casa está bien orientada en el espacio de la creación, ya hay un comienzo de realización de la palabra de Jesús repetida siete veces en el Discurso de la Cena: "Permaneced en mí para que déis mucho fruto".

Sea como sea, tomemos la casa y su espacio inmediato tal como los encontramos. Y no hay en esto solamente motivos para resignarse, porque es a través de ese lugar como captamos en un nivel primero y elemental, la realidad de una Tradición concreta, inextricablemente mezclada con intuiciones proféticas e interpretaciones efímeras. Las paredes que nos han dejado nuestros predecesores, exteriores para separar del exterior, interiores para configurar el interior, son de una manera muy intensa, un lenguaje que ellos nos dirigen y que es preciso saber leer; son la inscripción, en el suelo y hasta una determinada altura, de un determinado arte de vivir, de los valores monásticos que les importaban y de aquellos a los que eran menos sensibles, o, más profundamente, de su "religión", es decir de la manera como percibían el encuentro con Dios a través de un determinado empleo de las cosas humanas, sagradas o profanas. Como nosotros, al ser monjes de ese monasterio, somos sus hijos y sus herederos, por una cadena continua, es bueno que no podamos demoler sus muros porque, así quizás, continuemos conservando un espíritu.

Y con todo, hay un hecho complementario del precedente: todo monasterio vivo tiene, aquí o allá, una parte en construcción o en renovación: siempre hay albañiles en el monasterio, para grandes o pequeños trabajos. Esto puede ser una enfermedad de los monjes; al menos algunos lo dicen; yo más bien me inclinaría a pensar que es un signo de vitalidad. Dios es un ser vivo y no cesa de revelarse nuevamente; de El, de Cristo, del Espíritu y de la Iglesia, hay sin cesar imágenes renovadas o por lo menos, perspectivas que en general influyen en el aspecto mismo de la casa de Dios. Pero el hombre también es un ser vivo y ayer y hoy no desarrolla de la misma manera su relación con el mundo de las cosas, con sus semejantes y por lo tanto, finalmente con Dios. Esta constante evolución, que no necesariamente es progresiva, en la que se pierden valores para ganar otros, en la que se olvidan o se aprenden, en las personas que habitan una casa se traduce en renovaciones y transformaciones de los edificios. Hemos visto esto de manera más o menos feliz pero en todo caso, prácticamente general, en las renovaciones de la Iglesia que siguieron al Concilio; significan muy profundamente una nueva manera de presentir y de vivir la relación de Dios con los hombres: con los de la comunidad y con los de afuera, y la relación de los hombres con Dios: quizás menos ritual y más sacramental y pneumatika. Y la renovación de la Iglesia muy a menudo se presenta acompañada de transformaciones en toda la casa, cuyo alcance concreto e inmediato para la existencia monástica es evidente. ¿Acaso hay un solo monasterio entre los representa-

dos aquí en el que no se haya vuelto a hacer la biblioteca, modernizado la cocina, arreglado las salas de estar, de música, incluso de televisión, modificado las celdas y los sanitarios? No digo que cada monasterio haya hecho todo lo que acabo de enumerar, pero creo que todos hicieron por lo menos algo, y que las comunidades, en el momento de tomar una u otra decisión, sintieron claramente que éstas no eran neutras y desprovistas de significación para la verdad o la mentira de la Casa de Dios, para la autenticidad del *Vivere in Christo*.

Me parece que corresponde al abad meditar con cierta profundidad en esa permanencia y esa transformación de las paredes y de los techos de su casa, para no hablar de los jardines de las vías de acceso, etc. Los criterios válidos no deberían ser solamente los de utilidad inmediata, sin consideración ni de la fe, ni del símbolo, ni de la belleza. Responsabilidad para el presente, pero también para el futuro, porque lo que ustedes emprendan no se destruirá del todo y ustedes determinan de alguna manera por adelantado una parte del estilo espiritual de los que vendrán después.

Así, considerada en el nivel totalmente material de sus muros y de su distribución concreta, la Casa de Dios es ya un símbolo de la vida monástica que nos ha sido dada: lugar de encuentro entre un pasado, inscripto en el suelo y en las formas, que nos recuerda una primitiva generosidad pero que también nos impone reales servidumbres, y un porvenir en el que otros continuarán viviendo la misma regla de san Benito y las mismas tradiciones en los locales que nosotros les habremos dejado. Quizás sea éste un llamado a vivir el presente, en lo concreto de las ocupaciones cotidianas, en una gran autenticidad, es decir según lo que creemos discernir acerca de la verdad de Dios, del hombre y de la naturaleza, cuyo confluente es Cristo.

La dimensión comunitaria

En esos edificios habita una comunidad de hombres. Ellos también son casa de Dios, puesto que han sido y son reunidos por Dios: el primer principio de la unidad de la comunidad es esa predestinación por parte de Dios de tales hombres en tal lugar monástico. Cada uno de nosotros entró al monasterio porque presentía, más o menos claramente, que en ese lugar estaba su casa y que esos hombres serían, ya eran, sus hermanos. Y esa percepción sin duda, es hoy más viva que antes, en la medida en que los jóvenes que llegan tienen un sentido probablemente más intenso que las generaciones precedentes, de la realidad y de la importancia de la comunidad en el itinerario espiritual que quieren seguir. De inmediato nos aceptan como hermanos y nos piden que nos relacionemos con ellos como hermanos. Saben como por instinto que Dios no salva a los hombres uno por uno, sino a los unos por medio de los otros. Aun cuando hay en esa percepción algo de adolescencia y es preciso cierta purificación, la comunidad, como realidad cristiana de base es para ellos como una especie de evidencia, y nosotros mismos tenemos que dejarnos convertir a esa percepción evangélica que quizás no teníamos en la misma medida.

En efecto, es a partir de la comunidad, es decir de ese grupo concreto de hombres reales, que viven en esta casa y no en la vecina, depositarios y responsables de una tradición en el sentido que acabo de decir, es pues a partir de la comunidad que importa retomar sin cesar un trabajo de discernimiento y de decisión, por el que los monjes *vivirán* (y aquí opondría de buena gana "vivir" a "vegetar", es decir,

a repetir, sin suficiente reflexión ni decidido compromiso, gestos que no llegan a lo profundo del hombre).

Ese punto de partida comunitario es válido para todas y cada una de las actividades realizadas en conjunto, por medio de las cuales una comunidad se da forma y actúa. No insisto en la actividad primordial de oración y de culto, porque se la tratará en otra conferencia, sin embargo, desde mi perspectiva, o sea, la de la comunidad, recuerdo brevemente lo que se puso en evidencia tan perfectamente en el prefacio del *Thesaurus*, a saber, que hay una relación esencial entre la comunidad y su oración. Es una simple consecuencia de la visión del misterio de la Iglesia desarrollado por el Vaticano II en la que se revalorizó la comunión de las iglesias locales en unión y bajo la autoridad de la iglesia de Roma y de su obispo. La oración de la Iglesia no se realiza necesariamente por el cumplimiento de un único programa de oración observado por todos, cualquiera sea el lugar, cualquiera sea la vocación; se realiza por el sacrificio espiritual de cada comunidad, unida a todas por el mismo Espíritu Santo y en la comunión de la misma Iglesia. Esta diversidad en la unidad es en realidad un grave requerimiento y una gran exigencia para cada comunidad; no pienso sólo en el enorme trabajo litúrgico que requiere y que a veces estamos tentados de abandonar para fijar de una buena vez todas las cosas y no pensar más; pienso ante todo en esa exigencia constante de que "nuestro corazón concuerde con nuestra voz": no sólo el corazón personal de cada monje, sino el corazón de la comunidad: los espacios de libertad que se nos han reconocido para hacer y verificar nuestra oración, sólo son provechosos cuando hay entre nosotros el propósito constante del "*cor unum et anima una*", es decir de una libertad verdaderamente espiritual que nos une y nos permite descubrir la forma justa de nuestra relación comunitaria con el Señor. La verdadera liturgia es la que permite que la comunidad se construya ante Dios y en la Iglesia, mientras que, recíprocamente, la preocupación de vivir verdaderamente como hermanos verifica constantemente la calidad de nuestra liturgia.

Dejando aparte la liturgia, podríamos describir los objetivos de la comunidad usando dos términos latinos clásicos: *otium* y *negotium*, subrayando por otra parte —como a menudo se ha hecho— que el término positivo, el que "cae de su peso" es *otium*, que designa los valores más bien pasivos de la vida, y que el término negativo está reservado al gasto activo. Para nosotros monjes, respetar la primacía del *otium* es especialmente importante en el mundo super-activo de hoy; un testimonio contestatario que los hombres de ese mundo esperan, sin que siempre sean explícitamente conscientes de ello, es justamente el de comunidades donde el *otium* mantenga su primacía. Quizás sea éste, de manera muy general, un tema de reflexión y de intercambios entre padres abades: ¿por qué hay tanto surmenage en nuestros monasterios? ¿cómo exorcizar el demonio del *negotium* excesivo?

Otium

Como lo indiqué al comienzo de esta conferencia, me limitaré a lo más simple, que es también aquello que interesa a las reglas antiguas porque proporciona lo esencial del simbolismo humano: beber y comer, dormir y velar, vestirse y, en nuestra perspectiva monástica, permanecer estable en un lugar. Creo en efecto que hay una continuidad entre lo que podríamos llamar los estratos del símbolo: en la misma forma en que uno come su alimento material, así come la palabra de

Dios, así comulga con el cuerpo de Cristo; una determinada verdad de la *lectio divina* por ejemplo, sin duda está relacionada con la manera cómo uno se conduce con respecto al alimento material. Creo también que los símbolos tienen su propia operación, independientemente de nuestra voluntad; la manera de vivirlos crea en nosotros costumbres humanas y espirituales que pueden ser justas, pero que también pueden ser falsas. Por lo tanto hay que tener una vigilancia y un discernimiento constantes respecto a lo que modela nuestra vida; si no, podríamos ser muy diferentes de lo que creemos ser.

Alimento y bebida. Me parece que nos acechan dos tentaciones: la del "fast food" tomado individualmente como "self-service" entre tal y tal hora; la de la comida familiar en la que uno está, con todo derecho, preocupado de la calidad del alimento, de la calidez del ambiente y del intercambio de palabras; en el mundo de los hombres, las comidas se dividen entre esas dos fórmulas e, inclusive en la vida monástica, una y otra presentan ventajas, ante necesidades que en parte son las mismas que las de los demás hombres: urgencias de trabajo y deseo de una convivencia bastante íntima. Quizás esas dos clases de comidas pueden proporcionar ocasionales alternativas a la forma comunitaria habitual para valorizar los diversos aspectos posibles de la existencia comunitaria. Creo que sería interesante intercambiar las experiencias que puedan haber sido hechas en tal o cual monasterio, los valores descubiertos, los fracasos con que tropezaron... Podría hablarse también de las lecturas en el momento de las comidas llamémoslas clásicas: por ejemplo, en tal o cual monasterio más sensible a la necesidad de comunión con los hombres de este mundo, a veces se tiene la impresión de que la lectura del refectorio proporciona una amplia respuesta a la pregunta que, según los antiguos monjes, no hay que plantear: $\pi\Omega\varsigma\ \text{o}\ \kappa\omicron\sigma\mu\omicron\varsigma$; en tal otro, el único universo evocado es el de la historia local de los viejos buenos tiempos, de los prioratos desaparecidos y de los santos de antes de ayer. Esto puede parecer un detalle: en realidad, con lo demás, confiere un "estilo" monástico, lo que llamaba más arriba una "religión". Hay que tener una religión, corresponde a la vigilancia del abad verificar cuál. ¿Y podemos dejar este tema del alimento sin mencionar brevemente la cuestión del ayuno que es también un comportamiento simbólico? Antes seguíamos fielmente los ayunos de la Iglesia que eran bastante pesados; los observábamos incluso más allá del tiempo en que oficialmente estaban impuestos, pero parece que poco a poco todo se mitigó. Bien sé que, individualmente, algunos monjes, solidarizándose, por ejemplo, con grupos de la no violencia, o para tomar parte del hambre del mundo, suelen ayunar. Pero me pongo aquí en el nivel de la comunidad: ¿cómo hacer para restituir, sin fariseísmo, sin escrúpulos y sin menosprecio por los débiles, la figura de una comunidad que sabe ayunar y para quien el instrumento de las buenas obras *jenjunium amare* esté vivo?

Horario. Es seguro que no se puede construir una comunidad sin horario en el que nadie tiene hora para acostarse y para levantarse. Aquí no se trata de reglamento en el sentido militar del término, sino de un sentido profundo del valor del tiempo, y de la necesidad de ritmos, del beneficio de determinadas repeticiones que se inscriben en el cuerpo de la comunidad y liberan su atención para cosas más importantes. La *Vita in Christo* supone una real *disciplina*, y ésta comienza quizás por la utilización del tiempo. Inversamente, no conviene que todo esté codificado de tal manera que nunca se tenga un instante libre, con el riesgo de no comprender que el tiempo es también la dimensión propia de la creación hu-

mana... Sin entrar en detalles, quisiera decir aquí que todo monje siente claramente que la *disciplina* del tiempo monástico debería ser cualitativamente si no cuantitativamente marcada por el *otium* más que por el *negotium*, que los tiempos de escucha son más fundamentales que los de la palabra y de la acción. Dichosas, —pienso— las comunidades cuyo horario permite efectivamente esa jerarquía.

El hábito también forma parte de ese estilo del *otium*. Tal vez esté equivocado, pero tengo la impresión de que en la mayoría de los casos actualmente vivimos una especie de división con respecto al hábito, que perjudica nuestra unidad interior personal, la unidad de la comunidad y quizás también su testimonio. Casi unánimemente, conservamos sin cambios el hábito de nuestros padres y no nos hemos aplicado el n° 17 del decreto *Perfectae Caritatis*. Pero, ¿es verdaderamente nuestro hábito? Cuando vemos la facilidad con que nos lo ponemos y nos lo sacamos en un solo día, nos preguntamos si no se ha convertido más bien en un uniforme de ceremonias: coro, refectorio, incluso audiencias con el Santo Padre, mientras que nuestro verdadero hábito es un traje civil. Y en los lugares donde se lo conserva fielmente a la manera antigua, ¿es como un símbolo de una observancia ininterrumpida o como un hábito en el que realmente uno habita y que nos hace ser hombres tanto como monjes? No tengo respuesta para estas preguntas, pero quizás un Congreso es el lugar donde está permitido discutir las serenamente.

Supongo que como abades, ustedes han sentido experiencialmente la importancia espiritual y monástica de esas cosas simples como son el horario, la mesa común, una determinada vestimenta en el simbolismo humano y cristiano. Saben por experiencia qué importante es un esfuerzo de verdad respecto de esas realidades, qué difícil es porque encuentra resistencias, cómo favorece o por el contrario impide una cierta calidad de silencio o una soltura en la caridad mutua. Por mi parte me pregunto si no es a partir de una real vigilancia sobre esos capítulos como podemos progresar en otras dos direcciones importantes: la vida espiritual personal de los monjes, el *otium sanctum*, ese gusto de las cosas de Dios que se enraiza por una parte en un sentido de las cosas del hombre; y el *negotium*, la actividad, el trabajo.

Estabilidad

Un rasgo específico de la comunidad monástica es que la mayoría de sus fines se persiguen, como dice san Benito, en el recinto del monasterio. En el mundo todo hombre tiene varios espacios y varias comunidades: la familia, la profesión, la parroquia, el club deportivo, etc. son otros tantos lugares diversos que no necesariamente son frecuentados por las mismas personas y a cada uno corresponde manejar esa diversidad y reducir en tanto sea posible los conflictos. En la vida monástica no ocurre así; el *otium* y el *negotium* se practican en el mismo lugar y con las mismas personas, y lo mismo sucede tanto con el culto divino como con el desarrollo de la cultura humana. Nos volvemos a encontrar en el refectorio con aquellos con quienes rezamos en la iglesia; son también los mismos con quienes nos codeamos en la biblioteca, en las salas de clase o de los talleres; también con ellos nos paseamos o jugamos al tenis. En una palabra, el *interior* comunitario es más fuerte que el *exterior*. En esto hay una riqueza propia y peligros específicos.

En primer lugar quisiera valorar la riqueza multiforme. Desde un punto de vista teológico en primer lugar, es claro que esta concentración de fines en un mismo lugar y entre las mismas personas valoriza y realiza la intensidad del *Vivere in Christo*: vivir en Cristo no es sólo una actitud espiritual, un reflejo del alma. Es progresivamente, gracias al Espíritu, volver a llevar a la obediencia de Cristo al conjunto de una vida humana. La estabilidad en el lugar, la fidelidad a los mismos hermanos, permite a la comunidad como cuerpo y a cada uno de sus miembros, y en el nivel de todas las actividades que día tras día realizan los hombres, esa penetración en Cristo y la apertura a la penetración por parte de Cristo. El carácter restringido, ya sea del espacio, ya sea del número de personas, permite sin duda una intensidad que no es posible de la misma manera en otra parte. Hay relativamente poca pérdida de energía, poca diseminación de fuerzas, tanto espirituales como humanas y, desde un punto de vista positivo, hay una ayuda mutua bastante constante. Los temas del "microcosmos" o de la *ecclesiola* dicen esto: en los mejores casos, la comunidad monástica experimenta en la fe —por supuesto— algo de lo que quiere decir san Pablo cuando habla del Cuerpo de Cristo como *plero-*
ma.

Creo también que la estabilidad en la comunidad, o, si se quiere, la estabilidad de la comunidad, es sumamente favorable para la experiencia de la salvación. Al respecto, quisiera señalar dos rasgos que me parecen bastante característicos de la vida monástica, e incluso de la vida religiosa de hoy. Por una parte, el trabajo de vuelta a las fuentes y de revisión de las Constituciones fue verdaderamente positivo para nuestras comunidades. Quizás más que las generaciones que nos preceden inmediatamente, debimos reflexionar sobre lo que somos y definir lo que queremos ser. Hemos realizado en común esta reflexión en los monasterios; la misma nos condujo a redescubrir un determinado radicalismo evangélico y una determinada verdad monástica, y a expresar por lo menos el deseo de ser fieles a esas percepciones renovadas. Pero por otra parte, quizás a causa de la fragilidad de la sociedad humana a la que pertenecemos y al impacto de las ciencias humanas, tenemos conciencia quizás más que antes, de nuestras debilidades: como personas, como comunidades; hay en todos nosotros heridas, fragilidades, una real inseguridad humana. En esto no somos diferentes de los demás hombres de nuestro tiempo. La radiante fuerza evangélica del ideal coexiste en nosotros con una gran fragilidad. Ahora bien, la experiencia prueba que la comunidad es verdaderamente un lugar de salvación, si a pesar de todo, aceptamos considerarla no como un "estado de perfección" sino como una humilde escuela y, más todavía, como el lugar donde pasamos de nuestra propia perdición a la salvación de Dios. El mundo donde vivimos hace de nosotros y de los que vienen a nosotros, hombres un tanto perdidos, un tanto "estropeados"; la comunidad debería poder hacerles experimentar la curación y la salvación. Quisiera repetir aquí lo que ya tuve oportunidad de decir o de escribir en otras oportunidades: la inmensa sabiduría moral de los Padres del monacato debería revivir en nuestras comunidades, juntamente con un redescubrimiento de la vida sacramental como lugar vivo de la reconciliación y de la curación, y con un conocimiento un tanto concreto del psiquismo humano y de sus aventuras.

Riquezas pues de la estabilidad monástica, pero también peligros específicos. Por una parte, la comunidad monástica que se esfuerza en *vivere in Christo* en la estabilidad, corre el riesgo de olvidar su pertenencia a campos más extensos: los del monacato en su totalidad, los de la Iglesia, los del mundo —y de ese mundo en el que vivimos— cuya figura cambia rápidamente y cuya forma, remodela-

da por la informática por ejemplo y los desplazamientos de la demografía, será tan diferente a partir de mañana. Sería preciso pues considerar bien (y ésta puede ser una útil discusión entre padres abades) la relación de la estabilidad en el monasterio, con las exigencias que no se pueden descuidar en orden a la formación de los monjes, a su curación, a su comunión con las demás comunidades cristianas: cuál es la parte concreta de no-estabilidad necesaria para que la estabilidad sea un símbolo de la vida en Cristo y no un repliegue friolento de la comunidad sobre sí misma.

Por otra parte, habría que considerar bien quién observa la estabilidad en la comunidad y quién habla de ella; quizás no son los mismos. La observa gran parte de los monjes, aquellos que ni por su formación ni por sus dones, ni por sus empleos se distinguen suficientemente como para que tengan oportunidades de confrontarse con otros medios eclesiales o humanos. Pero esta estabilidad "de hecho", ¿acaso es constructiva de su personalidad? ¿no es, por el contrario, un enterrarse, un encogerse, un perjudicarse? O, para decirlo más positivamente: ¿en qué condiciones no será un enterrarse, un encogerse, un dañarse? Porque los que hablan de la estabilidad son ciertamente aquellos que, abades o teólogos por ejemplo, la observan, sin duda, y valoran el beneficio de la misma, pero lo aprecian tanto más cuanto que tienen oportunidades concretas de tener otros encuentros y de captar mejor el valor de la práctica monástica.

Negotium

Es difícil hablar del *negotium* porque la actividad está demasiado diversificada en los monasterios como para que se pueda tener al respecto un discurso común. Y sin embargo, creo que se hubiera debido hablar de este tema a este Congreso: la Comisión preparatoria pensó en todo, salvo en esto, no sé por qué. Quizás porque cuando se trata de vida monástica, nos elevamos espontáneamente a un nivel ideal, a aquél que en las admirables construcciones del siglo XVIII se denomina "la clase noble", y nunca tenemos suficientemente en cuenta, a pesar de la insistencia de las reglas antiguas, la vida concreta... En todo caso, la cuestión está allí. Me limitaré a una observación: somos una orden antigua; nuestros monasterios tienen, directamente o por medio de las casas de las que provienen, una larga historia. Hemos pasado los siglos y, cada vez, mal que bien hemos sido de nuestra época; luego, hemos llevado a la época siguiente una parte de las reliquias de la precedente. Desde el punto de vista del trabajo, me parece que esto termina por ponernos frente a una tarea imposible: todo parece transcurrir como si pensáramos que es posible honrar a todos los valores acumulados a lo largo de siglos. ¿Acaso no estamos tentados de llevar conjuntamente una vida monástica a la antigua, centrada en los trabajos de ascesis, la *lectio divina* y la espera del Espíritu, con el mínimo de trabajo necesario para ganarse la vida y hacer limosnas, —una vida canónica, como en la Edad Media, centrada en un gran despliegue litúrgico dominado cotidianamente por la solemnidad de la misa conventual, —una vida de estudio y/o de apostolado como en las congregaciones nacidas después del Concilio de Trento, —y todo esto con una nueva apreciación del trabajo como lugar de desarrollo humano, y no solamente como penitencia o como servicio? Quizás sería preciso hacer opciones para evitar, en la medida de lo posible, esa enfermedad del surmenage que muy frecuentemente es la nuestra, donde no es muy fácil tomarse tiempo de *vivir en Cristo* porque la actividad de la comunidad es demasiado febril y demasiado dispersa. Por lo demás, abriría gustosamente un paréntesis para decir

que este asunto de las tres vidas que llevamos en la única que deberíamos llevar, está relacionado por una parte, que creo importante, con el difícil tema no sólo del sacerdocio de los monjes sino de la relación de la vida comunitaria y de los sacramentos. Por mi parte deseo que un Congreso, en un futuro próximo, se interese en este tema. He oído decir que el tema de este Congreso: "¿Y vosotros quién decís que soy yo?" había sido elegido por un lado porque algunos abades tenían una cierta preocupación respecto de la fe viva de sus monjes en Jesucristo. Pero en la vida monástica todo está relacionado: si la economía concreta de los sacramentos es deficiente, ¿cómo podría ser la fe viva y dichosa?

La dimensión de acogida

En todo lo precedente, insistí sobre todo en el *interior* de la comunidad, puesto que precisamente es la dimensión que llama la atención en primer lugar. Sin embargo, no hay interior sin exterior. Y para nosotros, monjes, el exterior viene a nosotros más de lo que nosotros vamos a él. En determinados casos, sin embargo (parroquias, misiones) vamos o algunos de nosotros van afuera. Sea como sea, quisiera decir aquí una palabra sobre nuestra acogida, no para desarrollar sus virtualidades y sus exigencias, puesto que le será dedicada una conferencia especial, sino solamente desde mi punto de vista aquí: la casa monástica.

Esa acogida toma muchas formas. Las más importantes creo que son nuestras hospederías ordenadas hacia una acogida espiritual, y nuestras instituciones de enseñanza orientadas hacia la formación cristiana y humana de niños, jóvenes, seminaristas. De todas maneras, hay personas que vienen hacia nosotros, y numerosas. Nosotros les dedicamos tiempo, fuerzas, inteligencia y amor. Y recibimos de ellos casi tanto como les damos, si nuestro corazón es puro y pobre: puro para no recoger nada para sí, pobre para acoger lo que se le da.

Para que esa acogida multiforme corresponda a nuestra vocación cenobítica, a nuestra calidad de hombres que viven en una casa de Dios, creo que sin cesar hay que verificar que la reciprocidad entre el interior y el exterior funcione bien. Si las personas vienen a nosotros para recogerse u orar, si los padres nos confían a sus hijos para su educación, los obispos sus seminaristas para su formación, etc., es porque se han encontrado con nuestra casa como una casa de oración y con nuestra comunidad como una reunión de hombres que buscan amarse de verdad y bastante a menudo lo logran. Inversamente, si aceptamos tener una hospedería, administrar una escuela, un seminario o una universidad, o algún otro servicio de ese tipo, no puede ser para hacer algo útil, junto con o fuera de la vida monástica, sino porque la tradición de nuestra casa o de nuestra congregación nos mostró una cierta correspondencia entre esos servicios de Iglesia y nuestra vocación y que es por medio de esos servicios como se concretiza nuestra inserción en el Pueblo de Dios. Así la unidad de la comunidad reunida bajo un mismo techo es la condición de la verdad de su acogida; no digo que nada bueno pueda salir de una comunidad dividida o demasiado diseminada, pero el fruto que el Señor espera de los que permanecen en El, corre el riesgo en esas condiciones, de ser mucho más raro. Inversamente la apertura de la comunidad al Pueblo de Dios que viene debe hacerse ampliamente, en la liturgia y en otras partes, puesto que la Iglesia es nuestra primera casa y no debemos temer la entrada de cristianos en nuestras paredes y en nuestra vida, si nuestra cohesión interior en la oración y el amor fraterno es sólida.

Al terminar esta exposición, soy consciente de haber hablado muy poco explícitamente de Jesucristo y, desde ese punto de vista por lo menos, si no desde otros, sin duda decepcioné la expectativa de ustedes. Mi excusa es que las reglas antiguas tampoco hablan mucho de El; sin duda piensan que un modo de vida penetrado por una verdad humana que sólo el Evangelio puede dar, por sí mismo es revelador de Jesucristo a quienes lo viven lealmente... Permítanme en todo caso, no agregar al final algunas palabras que remediarían la carencia que reconozco y déjenme terminar con una conclusión un tanto paradójica, pero que también puede dar que pensar.

En efecto, habiendo dicho, con alguna convicción, todo lo que precede, me veo obligado a agregar lo siguiente: la Biblia no ama tanto la Casa, prefiere la Tienda; es más el Libro de los desplazamientos que de las instalaciones, de los lugares dejados por iniciativa de la Palabra divina que de las posesiones estables, de los espacios recorridos que del territorio fijo, que es más bien objeto de promesa que de don. Y, si es concedido, ¡con cuántas precauciones y advertencias! El Hijo del Hombre no tiene donde descansar su cabeza y nosotros no tenemos en este mundo Ciudad permanente. La Biblia es más el Libro de los itinerarios que de las estabildades; su percepción del espacio es más longitudinal y dinámica que radial y fija. En definitiva, ¿por qué es así? Positivamente, porque la existencia cristiana está en camino hacia una escatología; debe conservarse, pues, constantemente libre y ligera, lista para partir, incluso para ir "allí donde no quería". Negativamente, porque, en la casa o en el Templo, podemos instalar otros dioses al lado del Dios vivo: no por cierto expulsar a Dios de su Casa, sino imponerle compañeros y hacer buenas migas con todos ellos. Podemos también sacralizar tradiciones que, poco a poco, se incrustan en el lugar y no reconocer más a Dios cuando Este llega o parte: fijar a Dios en la imagen que la Casa, desde hace mucho tiempo, se ha hecho de El. El conservadorismo y la casuística hacen buenas migas con la idolatría de hecho. Uno cree vivir todavía con Dios, y uno habita con El de hecho, pero cohabita con muchos falsos dioses: costumbres inamovibles, ocupaciones invasoras, ideologías religiosas de todo orden, más o menos conscientemente bautizadas con el gran nombre de Tradición, a menos que no se caiga en el exceso inverso y se cambie completamente la casa bajo capa de Reforma.

No es pues tan simple vivir en la Casa del Señor y adorar allí en espíritu y en verdad. La verdadera estabilidad es móvil, como la vida, y la escolástica nos legó una definición de ella que no ha pasado de moda: *motus ab intrinseco*. Que Cristo, que nos llama a "permanecer en El", nos obtenga la gracia de hacerlo en ese espíritu de movimiento interior que nos lo hará descubrirlo como Camino, Verdad y Vida.

Traducción del francés

por Isabel Guiroy, osb — Monasterio Gaudium Mariae

Ghislain LAFONT, osb